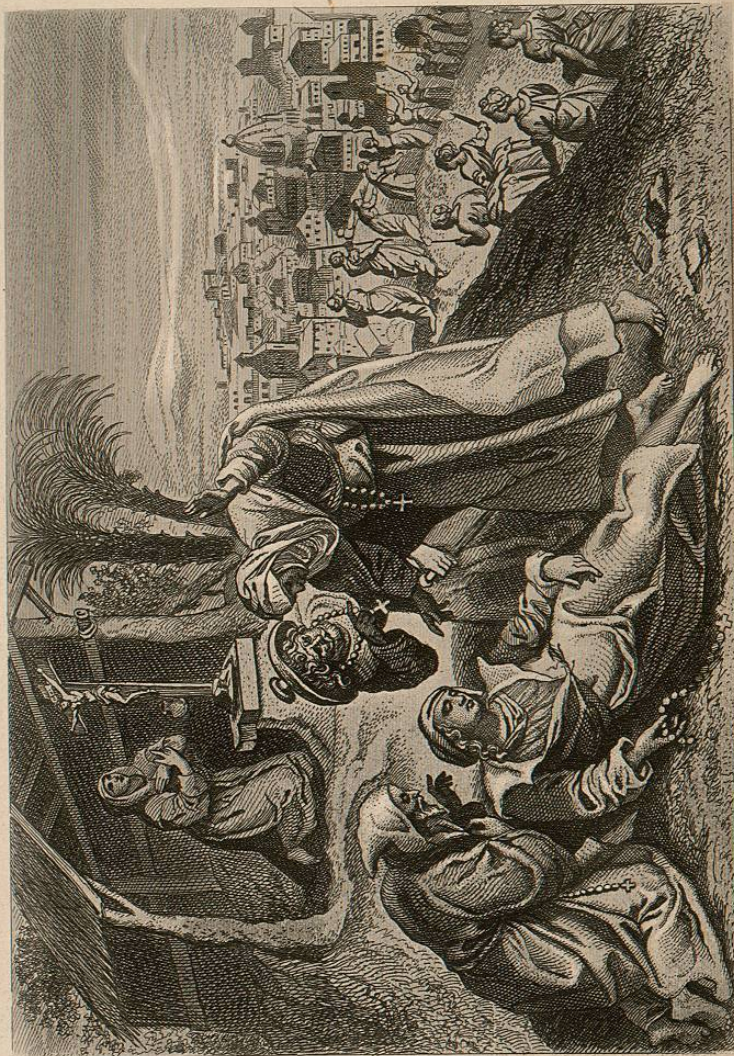


...de la conspiración de Efeso,
...y apoyado de sus secuaces,
...documento que había suscrito, en el cual
...los doce artículos de san Cirilo le parecían obs-
...para hacerle su proceso como a fautor de la herejía
...y le privó de su dignidad aunque ausente y,
...así es como fué la víctima del resentimiento de
...Estimios, después de haberles servido en este falso
...perjuicio de su conciencia. Entonces se volvió
...san Eutimio, transido el corazón de dolor y
...de copiosas lágrimas, con un gran dis-
...salido contra la voluntad de su superior.
...algunos de los sucesores de san Euti-
...Siméon, Etéfano, Tomás, Leoncio y
...el uno natural de Jericó y ecó-
...el otro, que fué pa-
...de san Eutimio.
...el gobierno de su
...El Santo le había
...que era voluntad de Dios que cambiase su
...en monasterio. El monje Cirilo entra en grandes de-
...sobre la ejecución de este designio, y al efecto refiere
...apariciones de san Eutimio, que justifican lo que había
...pediría á Dios por primera gracia el estar siempre en espíritu con
...ellos y con sus sucesores.

Un año después de su muerte el emperador León tam-
buen dejó de existir, y el imperio cayó entre las manos de
León, su nieto, de edad solamente de tres años, quien ce-
dió poco tiempo después por su muerte, el imperio á Ze-
nón su padre. Pero éste habiéndose indispuerto con su
abuela Verina, viuda del emperador León, y temiendo que
ella les hiciese asesinar, se fué á Ysauria, y Basilisco her-
mano de Verina, se hizo reconocer emperador. Su mujer

Tome 3.



Carri d'Am.

Fig. de Carrión an. Paris.

S. Eulagie
Santa Delagie

Senodia le engolfó en el partido de los Eutiquianos, y él se dejó persuadir por Timoteo Eluro, falso patriarca de Alejandría, de condenar el concilio de Calcedonia y la epístola de san León, por una carta dirigida á todos los obispos, á quienes ordenaba que anatematizasen y metieran al fuego la epístola de este santo Papa y todo cuanto se había hecho por la fé en este concilio.

Los Eutiquianos que restaban en Jerusalén y en los alrededores, se prevalieron de la ocasión, y pusieron sobre la silla de esta ciudad al desgraciado Geroncio, abad del monasterio de santa Melania, en lugar de Anastasio, y quien no causó menos daño, dice el historiador Cirilo, que el impío Teodosio había hecho veintisiete años antes. Anastasio, patriarca de Jerusalén, murió algún tiempo después, y habiendo vuelto Zenón de su destierro, y habiendo vencido á Basilisco, el crédito de los Eutiquianos cayó con este tirano, y Martirio fué colocado en la plaza de Anastasio. Escribió al emperador Zenón y á Acacio, patriarca de constantinopla, quien había resistido valerosamente á Basilisco, para instruirlos sobre el estado de los cismáticos de Palestina y de su heregía. Al efecto comisionó á su diácono Fido, á quien confió también muchas cosas que debía decirles de viva voz. Fido se embarcó en Jope; pero en la noche el navío fué sorprendido por una horrible tormenta, y naufragó. Fido iba á ser abismado en medio de las olas, cuando la providencia le hizo encontrar un pedazo de madera sobre el cual se sostuvo algún tiempo.

En este momento se acordó de san Eutimio, y le invocó levantando las manos al cielo y pronunciando su nombre muchas veces para llamarlo en su auxilio. El Santo le apareció marchando sobre la mar y le llenó tanto de asombro como de alegría. Le dijo con ese aire de dulzura con que le había conocido durante su vida: « No temais, yo soy Eutimio servidor de Dios. Sabed que el Señor no aprueba el

viaje que habéis emprendido, y que de ninguna utilidad servirá á la madre de las iglesias (es decir á Jerusalén). Volved á aquél que os envió, y decidle de mi parte que no se aflija por la separación de los cismáticos, puesto que la unión se verificará dentro de poco bajo su pontificado. En cuanto á vos, conviene que vayais á mi laura, que destruyais las celdas y que edifiqueis un monasterio en el sitio donde me sepultasteis, tal es la voluntad de Dios. »

Habiéndole hablado así, se cubrió con su manto, y Fido de momento se halló sobre la orilla, y de allí trasportado á Jerusalén en su casa, sin saber como había ido. Dejó el manto del Santo, que le fue al mismo tiempo arrebatado por una mano invisible, y cogió su hábito ordinario; pero reflexionando sobre el peligro en que se había hallado en medio del mar y como san Eutimio le había librado de él, quedó sumamente maravillado, y trasportado de admiración exclamó: « Ahora reconozco que el gran Eutimio es un verdadero siervo de Dios, y que me ha sido enviado del cielo para librarme del peligro en que me hallaba. » La relación que de ello hizo á su madre le hizo derramar lagrimas, y el patriarca Martirio, á quien fué á relatarlo, no quedó menos emocionado. Este patriarca también admiró el don de profecía del Santo, y dijo á Fido: « Verdaderamente el gran Eutimio ha sido un profeta del Señor, y tiene un grande valimiento cerca de él; pues yo soy testigo de aquello que os ha dicho del cambio de su laura en monasterio, y también me lo había dicho delante de muchas personas como debiéndose verificar después de su muerte. » En consecuencia encargó á Fido la ejecución y le prometió todos los subsidios necesarios.

Fido no perdió tiempo. Llevó á la laura un arquitecto para dirigir la obra, y el número de obreros necesarios á fin de que cuanto antes fuese concluida. Convirtió la antigua iglesia en refectorio é hizo una nueva. El monasterio fué

levantado en la plaza de la laura y del cementerio de san Eutimio. Era tan vasta como se necesitaba para albergar en ella un gran número de religiosos. El monje Cirilo nos representa su situación como una de las más agradables y más cómodas: « Había, dice, una pequeña colina entre dos valles cerrados al Oriente y al Occidente por otros montecillos que venían á unirse y como confundirse por la parte de mediodía; de suerte que la pequeña colina se hallaba ceñida por la parte de allá. El monasterio estaba construido sobre el declive de esta colina, en el cual se había levantado una torre que dominaba por la parte del Norte, una campiña muy fértil y casi de dos estadios. La puerta del monasterio estaba delante de la torre, que servía como de fortaleza, y podía descubrirse de lejos; y al salir del monasterio, esta campiña, en la cual había un torrente que nacía en el montecillo del lado del Oriente, ofrecía á los ojos un espectáculo muy agradable. Añádase á esto la amenidad del aire que era muy sano y muy templado; de modo que no se podía escoger sitio más propio, ya para el consuelo ya para la comodidad de los religiosos. »

No se emplearon mas que tres años en construir este grande edificio, pues el número de los obreros era considerable y aquellos que presidían cuidaban de que no se perdiera el tiempo. Pero como se quisiera añadir nuevas bellezas á la iglesia para hacer su dedicación muy célebre y más digna de la majestad de Dios, las lluvias que ordinariamente caían en invierno en esta soledad habiendo este año, faltado, se hallaron tan desprovistos de agua que apenas quedaba en el fondo de las cisternas para el uso de los hermanos. Esto dió ocasión á un nuevo prodigio, que hizo brillar más la privanza de san Eutimio cerca de Dios. Elías, superior del monasterio, y el diácono Fido, quisieron de momento recurrir á Longino, abad del monasterio de san Teutista, y á Pablo, abad del monasterio de Martirio, y pro-

yectaron enviarles acémilas para traer agua, lo que no podía hacerse sino con mucha dificultad y grandes gastos y hubiera resultado muy largo el asunto. Mientras que se había preparado todo para hacer partir los mulos al día siguiente, san Eutimio apareció de noche al abad Elias diciéndole :

« ¿ Qué queréis, pues, hacer de todas estas acémilas que habeis reunido ? » — « Para, le respondió Elías, traernos el agua que necesitamos, pues aquí no tenemos. » — « Hombres de poca fé, le replicó el Santo con severidad ¿ y por qué no habeis recurrido mas bien á la oración ? ¿ Por ventura aquél que hizo salir agua de una peña para apagar la sed á un pueblo indócil, y quien también la sacó con la quijada de un asno á ruegos de Sansón, no os lo puede dar también á vosotros si se la pedís con fé ? » Enseguida le prohibió el enviar los mulos : « Pues, añadió, antes de tres horas todas vuestras cisternas estarán llenas. » Elías se despertó después de esta vision, y fué á dar conocimiento de ello á Fido y á los otros ; y apenas el sol se hubo levantado, cuando se vió aparecer una nube sobre el monasterio que despidió una grande cantidad de agua con la cual las cisternas se quedaron llenas y sólo el terreno del monasterio quedó regado con ella, quedando secos todos los otros lugares circunvecinos, como si se hubiese trazado en todo el rededor del monasterio una linea que el agua de la lluvia no debía traspasar ; después de lo cual un viento impetuoso que sopló disipó la nube.

La noticia de este milagro se esparció por todo el desierto, y el patriarca Martirio fué muy pronto instruido de ello. Fué al monasterio con un numeroso séquito, é hizo la dedicación de la Iglesia con la mayor magnificencia y solemnidad. Allí celebró la vigilia y enseguida la misa, durante la cual puso debajo del altar las reliquias de los santos mártires Teraquio, Probo y Andronico. Esta dedica-

ción se hizo el día 7 de mayo y doce años después de la muerte de san Eutimio ; y algún tiempo después el diácono Fido fué hecho obispo de Dora, ciudad marítima á tres ó cuatro leguas de Cesárea de Palestina.

Nos resta hablar de otro vaticinio de san Eutimio ; el de la reunión de los Eutiquianos á la Iglesia, en el pontificado de Martirio, como el Santo lo había pronosticado á Fido cuando le apareció sobre la mar. Este patriarca lleno de fé en la promesa del Santo, aguardaba su cumplimiento con confianza, y no aguardó largo tiempo : pues el abad Marciano, agitado por los remordimientos de su conciencia, reunió á todos los monjes Eutiquianos en su monasterio de Belén como si hubiese estado inspirado por Dios, y les habló al tenor siguiente : « ¿ Hasta cuando, padres y hermanos míos, tendremos en división el cuerpo de la Iglesia ? ¿ Y esto sin saber si es esta la voluntad de Dios, sino apoyándonos solamente sobre nuestros propios razonamientos ? No tenemos motivo de temer que creyendo estar en el buen camino, estemos en el malo. Pues los *pensamientos de los hombres*, dice la Escritura, *son tímidos* (Sap. 9-14). Si á vosotros os parece bien seguiremos el ejemplo de los apóstoles, y nos echaremos en suerte para los obispos y para los monjes. Si la suerte cae sobre los monjes, permaneceremos como estamos, y si cae sobre los obispos, comunicaremos con ellos. » Todos aprobaron esta proposición. La suerte fué echada y cayó sobre los obispos, y al momento volvieron á entrar en su comunión. No siguieron tan buen ejemplo los desgraciados Geroncio y Romano, el primero de los cuales venía gobernando desde cuarenta y cinco años el monasterio de santa Melania, y el segundo el de Tecue. Permanecieron obstinados, fueron expulsados por sus errores de sus monasterios, y después llevaron una vida errante, que acabaron con desgracia.

Los monjes Eutiquianos, pues, presididos por Marciano,

fueron á presentarse en estas felices disposiciones al patriarca Martirio, quien los recibió con los brazos abiertos, y celebró una solemne fiesta con motivo de esta reunión en la cual toda la ciudad de Jerusalén tomó parte. Todo esto acaeció bajo el imperio de Zenón, quien tuvo á Anastasio por sucesor. El abad Marciano con el tiempo se distinguió por su piedad, y también fué honrado con el don de milagros. Dios multiplicó prodigiosamente en su favor un solo grano de trigo que quedaba en el granero de su monasterio, y también le reveló la necesidad en que se hallaba san Sabas, á quien en cierta ocasión le faltó la provisión, como lo diremos en su vida. También fué elegido por Salustio, patriarca de Jerusalén, para remediar el relajamiento que se había introducido en algunos monasterios de la Palestina, y fué establecido archimandrita ó superior general de todos los monasterios de esta provincia. Tuvo por sucesores en este cargo á san Sabas y á san Teodosio, habiendo muerto en paz cuatro meses después que Dios le hubo revelado la necesidad en que se hallaba san Sabas.

Elías, superior del monasterio de san Eutimio, murió después de haberlo gobernado trentiocho años. Se había conquistado, por el acierto en su administración, la confianza de todos sus religiosos, quienes le amaron tiernamente como á su padre, y aun se hablaba de él con los mismos sentimientos cuando el monje Cirilo escribía la vida de san Eutimio. Siméon de Apamea le sucedió y no vivió en su cargo mas que tres años; después de él, Estéfano de Arabia fué elegido superior. Hizo al monasterio un presente de seiscientas piezas de oro que su hermano Procopio le dejó al morir. Durante su gobierno se hizo un milagro en el sepulcro de san Eutimio, que el monje Cirilo relata así.

Había en Antioquía un personaje llamado Cesário, que se había conquistado en los cargos municipales de la ciudad, la estimacion de todos los habitantes. Su piedad le

llevó á ir á Jerusalén á visitar los santos Lugares, y fué afligido de una enfermedad muy dolorosa sin que el auxilio de los médicos y el cuidado de sus amigos pudiesen aliviarse. Su último recurso fué hacerse trasladar á la tumba de san Eutimio. Su fé no quedó sin recompensa. Apenas le hubieron hecho la unción con el aceite milagroso que manaba de su sarcófago, cuando ya se halló perfectamente curado. En reconocimiento dió una grande suma de dinero al monasterio y se comprometió á pagarle un tributo anual.

Estando de regreso á su casa, fué á visitar á Estéfano obispo de Trípoli de Siria, y como uno se goza en relatar los males que ha sufrido cuando de ello se halla libre, hizo á este obispo el detalle de cuanto había sufrido en Jérsalén, y del milagro que Dios había hecho en su favor por intercesión de san Eutimio. Leoncio, primo del obispo, se hallaba presente, y aunque aun muy joven, quedó tan emocionado por su relación, que abandonó el siglo y abrazó la vida religiosa en el monasterio del Santo. Allí hizo tantos progresos en la virtud, que el obispo Estéfano lo llamó y le confió un monasterio que había edificado en honor de san Leoncio, mártir de Trípoli. También lo tuvo por sucesor en su dignidad.

Tomás, natural de Apamea fué abad del monasterio de san Eutimio después de la muerte de Estéfano, y bajo su gobierno se hizo un nuevo milagro. Cesário de Antioquía de quien hemos hablado, habiendo ido á verle, fué recibido por él con grandes muestras de amistad. Tomás le dió una comida religiosa, y hablando con él muchas cosas, le dijo que tenían en el arca de la iglesia un pedazo de la vera cruz del Salvador. Cesário quiso tener el consuelo de adorarla, y le rogó que separara una partecilla, lo que el abad Tomás no creyó deberle negar. Abrieron pues el arca, y después que Cesário y aquellos que estaban con él hubieron satisfecho su piedad, volvieron á la celda vecina, donde

habían comido. Tomás dejó abierta la puerta del arca, y un hermano, llamado Teodoto, quien le servía, habiéndose apercebido de ello, espío el momento en que no pudiese ser visto, se llevó tres bolsas, en las cuales estaban las seiscientas piezas de oro de que hemos dicho que Estéfano había hecho presente al monasterio. Al día siguiente salió del monasterio, dando por razón que se le hacía trabajar demasiado y que no le quedaba tiempo para pensar en su alma; pero esto no era más que un pretexto para mejor ocultar su hurto, é irse á otra parte á gozar en libertad de este dinero. Cogió el camino de Jerusalén, y se paró frente del monasterio de Martirio. Allí, estando sentado, sacó cincuenta piezas de una de estas bolsas, y ocultó lo restante en un hoyo cubierto con una grande piedra, marcando el sitio para volver cuando bien le pareciera. Enseguida se fué á Jerusalén, y de allí pasó á Jope. Quiso por fin volver al sitio donde había puesto el dinero; pero cuando estuvo cerca de él, una horrible serpiente salió de debajo de la piedra y le impidió acercarse allí.

Consideró este accidente como una mera casualidad, y quiso volver al día siguiente; pero aun halló allí á este monstruoso animal, quien parecía estarse en aquel sitio como para guardar el tesoro; de suerte que ni siquiera permitía acercarse á un tiro de piedra. En fin obstinándose en volver una tercera vez, en la esperanza de que este formidable guardian ya se habría retirado; á medida que quiso acercarse, se sintió herido en la cabeza por una mano invisible, como si se le hubiese dado un grande golpe de maza, y cayó en tierra gravemente herido. Dos pasajeros habiéndole hallado en este estado, le trasportaron caritativamente al hospital de la ciudad en donde por la noche vió á un venerable viejo que le dió una severa corrección, y le dijo que no curaría de su mal hasta que hubiese devuelto el dinero que había robado el monasterio de san Eutimio.

Tome 3.



St. Sabas

St. Sabas